

Wieder. Modalidades del fascismo a 50 años del golpe

raúl rodríguez freire
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
raul.rodriguez@pucv.cl

No, Eichmann no era estúpido. Únicamente la pura y simple irreflexión —que en modo alguno podemos equiparar a la estupidez— fue lo que le predispuso a convertirse en el mayor criminal de su tiempo.

Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, 1963

La supervivencia del nacionalsocialismo en la democracia es potencialmente más peligrosa que la supervivencia de tendencias fascistas contra la democracia.

T.W. Adorno, *¿Qué significa elaborar el pasado?*, 1957

1. Un mundo gobernado por los nazis que se parece muchísimo al mundo que emergió tras la Segunda Guerra Mundial es lo que encontramos en *El hombre en el castillo* (1962). Bajo el totalitarismo, las prácticas de consumo son las mismas que operan bajo la lógica cultural del capitalismo avanzado que conocemos. En la parte gobernada por Japón, los “cultos” adinerados coleccionan “objetos históricos de la civilización popular norteamericana” (34), como si se tratara de verdaderas antigüedades. La noción de historia forma parte del negocio, toda vez que los objetos de colección son acompañados con un certificado que acredita su “valor histórico” (70). “Tenían una pasión maniática por lo trivial”, se lee poco más adelante, y consideraban una muestra “realmente auténtica de la moribunda cultura norteamericana”, por ejemplo, un reloj pulsera de juguete con la cara de Micky Mouse estampada en el centro (51). Producidos en 1938, ya no quedaban más de 10 en todo el mundo, lo que hacía de tal artefacto plástico una verdadera joya anticuaría. Solo los comerciantes más astutos comprendieron que “el valor histórico no estaba en el certificado, sino en el objeto”, volviendo así inútiles términos como “genuino” y “falsificado”. El nazismo, nos muestra Philip Dick, es más que Hitler, que en su novela muere tempranamente gracias a una sífilis cerebral adquirida durante sus años de Viena, siendo reemplazado en el liderazgo por Martin Bormann. La violencia totalitaria convive así con la trivialidad de la cul-

tura estadounidense, hasta fundirse con ella. La novela de Philip Dick se acerca, y no poco, a la tesis esgrimida por Max Horkheimer y Theodor W. Adorno en su famoso capítulo de la *Dialéctica de la ilustración* dedicado a la industria cultural, más allá, por cierto, de la dominante barbarie estética. Allí muestran que las diferencias entre los productos de consumo no sirven sino para “clasificar, organizar y manipular” (168) a los propios consumidores, y ello, bajo la totalitarización técnica y cultural a nivel industrial de la vida, asemeja más que diferencia el nazismo con la “civilización popular norteamericana”. El suelo para la posibilidad de un Trump ya estaba completamente instalado en los años de postguerra.

2. La obra de Roberto Bolaño confronta el desafío que entrevieron tanto Dick como Horkheimer y Adorno, esto es, que el fascismo no fue (ni lo sigue siendo) solo un movimiento de masas, sino también un modo de subjetivación que sobrepasa las concepciones políticas convencionales y el totalitarismo. Ello implica que para su derrota no basta la victoria sobre un gobierno fascista y sus ejércitos. Su derrota se logra con la transformación de las condiciones que producen, a nivel cotidiano, a un sujeto fascista. La violencia ocupa en Bolaño un lugar destacado, dentro del cual el nazismo y su modalidad fascista representan una preocupación constante, que se extiende desde *La senda de los elefantes*, de 1984 (reeditada en 1999 como *Monsieur Pain*), uno de sus primeros trabajos como novelista, hasta su obra póstuma, *2666* (2004), pasando por pequeñas, pero significativas referencias en *El espíritu de la ciencia-ficción* (escrita entre 1980-1984, publicada póstumamente), dedicada originalmente a Philip Dick,¹ *Los sinsabores del verdadero policía* (2011; comenzada a finales de los ochenta), *La pista de hielo* (1993), *Los detectives salvajes* (1998) y *Nocturno de Chile* (2001). *El Tercer Reich*, escrita en 1989 y publicada en 2010, así como *La literatura nazi en América* (1996) y *Estrella distante* (1996), le darán al fascismo cotidiano un tratamiento detenido y particular, que culminará en su

1 En su prólogo a la publicación póstuma de *El espíritu de la ciencia ficción*, Christopher Domínguez Michael entrevistó tempranamente la preocupación que en este ensayo estoy siguiendo: “La ciencia-ficción no era para Bolaño, como lo sería para un lector ordinario, una mera premonición de viajes espaciales, planetas extraterrestres habitados por alienígenas o colosales adelantos tecnológicos, sino un estado moral, la búsqueda invertida del tiempo perdido, y por ello su obra es incomprendible sin la lectura de Ursula K. Le Guin o Philip Dick, quienes moralizaron el futuro como una extensión catastrófica del siglo XX. Aquella sería una supermodernidad probablemente fascista –en los años ochenta, cosa rara, Bolaño conocía a los escritores de derecha de la Acción Francesa, entonces del todo olvidados– y en *El espíritu de la ciencia ficción* reside, es probable, el secreto de *2666*. La novela, para Bolaño, no es cronológica, sino moral, y esa ética solo puede entenderse, exacta anticipación suya, mediante una suerte de teoría de los juegos, lo que explica un libro como *El Tercer Reich*” (15-16).

articulación con los femicidios en 2666 (adelantada ya en “Ramírez Hoffman, el infame”), una violencia que tiene como trasfondo las mutaciones del capital y la industria cultural a fines del siglo XX. “La originalidad de Bolaño”, señaló al respecto Federico Finchelstein, “es justamente que enfatiza un fascismo que no tiene fronteras de tiempo y espacio. Un fascismo global y globalizante” (en línea). Se podría decir que Bolaño captó el núcleo del fascismo y su persistencia, muy bien caracterizada en *Estrella distante* a partir de la figura de Carlos Wieder. Ello, empero, no quiere decir que sea siempre uno y el mismo (Traverso). Por espacio, no puedo profundizar en su actual proliferación, por lo que me centraré en los modos en que Bolaño comprendió su diseminación más allá de Alemania e Italia, y antes de la Segunda Guerra.

3. La relación entre el antiguo y el nuevo fascismo tiene importantes diferencias, y Bolaño captó la singularidad de cada uno. El fascismo clásico, que aparece claramente en “La parte de Archiboldi”, fue un fascismo de masas que nació después de la Primera Guerra Mundial, la guerra total que inauguró la relación entre industria, tecnología y militarismo, y que terminó endilgándole a la empresa de Hitler y Mussolini un corte utópico y vanguardista. El nuevo fascismo, en este sentido, es más conservador y micrológico. De ahí que Gilles Deleuze haya entrevisto la posibilidad de otras y distintas modalidades:

Se está instalando todo un neofascismo con respecto al cual el antiguo quedará convertido en una figura folklórica... En lugar de ser una política y una economía de guerra, el nuevo fascismo es una alianza mundial para la seguridad, para la gestión de una ‘paz’ no menos terrible, con la organización concertada de todos los pequeños miedos, de todas las pequeñas angustias que hacen de nosotros micro-fascistas, encargados de sofocar cada cosa, cada rostro, cada palabra un poco fuerte, cada uno en su calle, en su barrio, en su cine (133).

El nuevo fascismo, dirá luego Deleuze, es más refinado, por lo que puede aparecer de manera sutil o violenta, allí donde no se lo espera. Bolaño, por su parte, verá que el nacimiento de formas heterogéneas de fascismo se comenzaba a producir, más allá de la filiación nazi, en la mismísima década del 30, y precisamente de un modo sutil, lo que podría llevarnos a pensar que se trataba de otra cosa. Pero al fascismo, parece decirnos Bolaño, hay que captarlo también, y sobre todo, a partir de su nivel micrológico. Recordemos entonces a Monsieur Pain y la conversación que se da cuando baja a desayunar al café de Raoul. Allí toma un diario que informa sobre “el balance de bombardeos aéreos, fuegos cruzados de artillería, muertos

a millares, armas nuevas que en la guerra del 14 desconocíamos” (81). Pain no pone buena cara ante los acontecimientos que lenta, pero sostenidamente, se van encaminando hacia una nueva guerra. Estamos en 1938. Raoul comenta: “—Los malditos alemanes ensayan su arsenal”. No sabemos de qué manera pronunció esta frase, pero debe de haber sido en un tono *admirativo*, puesto que, acto seguido, Robert, un comensal que también se encontraba en el café, le respondió: “Paparruchadas, no tienen nada extraordinario”. Raoul se siente obligado a replicar:

- ¿Te parecen normales los bombarderos en picado, Robert? ¡Los Stukas!
—anunció Raoul, que entendía de asuntos militares—. ¡Monomotor biplaza, armado con tres ametralladoras y capaz de transportar más de mil kilos de bombas!
—Se diría que te mueres de admiración.
—¡Por supuesto que no! ¡Jamás...! Sin embargo, reconozcamos que...
—No he querido decir eso, Raoul, pero tampoco es necesario verlos como la séptima maravilla. Lo que cuenta es el hombre, el valor de las masas (82).

Como el Messerschmitt 109 de la Luftwaffe, de 1940, que pilotea Carlos Wieder en *Estrella distante*, el *Stukas* también es un avión de combate nazi. Se trata de un bombardero en picado (*Sturzkampfflugzeug*) producido en 1935 y estrenado en combate un año más tarde; gracias a sus éxitos se convirtió en el símbolo de la propaganda del poder aéreo nazi. Pero no es solo la admiración de Raoul por la tecnología alemana lo que aquí sorprende. Quien le replica, vemos, lo hace invocando una cierta idea de hombre y una cierta idea de valor, ideas que no se distancian de las que exaltaba Hitler. Ello se hace más claro cuando Raoul también indique que hay que enfrentarse a los nazis con una postura firme y viril (83). Luego aparecerá la idea de patria, “el destino de la patria”, a la que, al parecer, nadie quiere sustraerse, al punto de que la mayoría de los presentes en la escena estarían dispuestos a una nueva guerra. Las únicas excepciones son “un hombrecillo barbado y de pelambreira erizada”, que se niega a que los gobernantes de Francia “nos metan en una carrera armamentista”. “¡Por el amor de Dios”, dice, “ya hay suficientes nazis en Europa!” (85). También se resistirán un ciego (del que Raoul suele burlarse) y el mismo Pain, al que a los veintinueve años le quemaron los dos pulmones en Verdún, la ciudad francesa en la tuvo lugar la más larga y sangrienta de las batallas de la Primera Guerra Mundial (305.000 muertos y 400.000 heridos). En esta pequeña conversación, una mañana de un día cualquiera, del mismo año que viera la luz el reloj pulsera con la cara de Micky Mouse, se presentan gran parte de los valores que caracterizaron al fascismo y al nazismo: el culto a la nación y la patria (“Ah, la patria, dulce, dulce... —dijo Jean-Luc”, otro asiduo del café de Raoul), la ausen-

cia de pensamiento reflexivo y el engrandecimiento de la acción, la necesidad de hombres viriles, el militarismo y el combate. Bolaño pone estos elementos propios del fascismo en personas comunes y corrientes, pues es precisamente en estas, es decir, en cualquiera, donde pueden despertar los pequeños miedos que todas y todos portamos.

4. Estos elementos son los que se repiten una y otra vez en *La literatura nazi en América*, si bien con mayor énfasis. Por ejemplo, ya antes de conocer a Hitler, Edelmira Thompson de Mendiluce “quiere una literatura épica, epopéyica, a la que no le tiemble el pulso a la hora de cantarle a la patria” (14), mientras su hijo (como Hitler) es un nacionalista “antinorteamericano y anticapitalista” que termina desencadenando una ofensiva contra los cultores de las ideas foráneas (24). La carrera militar del bogotano Ignacio Zubieta “es rápida, frecuente en hechos de valor y medallas”, las que recibe, junto a su compañero de armas Jesús Fernández-Gómez, por su participación en la 33ª División de Granaderos SS Voluntarios Carlomagno. A Jesús, según se desprende de su libro *Años de Lucha de un Falangista Americano en Europa*, “la cercanía física del poder... lo conmueve hasta las lágrimas” (43). Interesante resulta recordar la obra de Harry Sibelius, un plagiador de primera (plagia el hilo argumental de *El hombre en el castillo*) cuyo fuerte es la administración –tema que Bolaño también tratará, pues en él los nazis resaltaron al punto de burocratizar, como si de una fábrica se tratara, el genocidio–: “Sus descripciones del funcionamiento de la maquinaria burocrática son implacables: El capítulo cuarto de la segunda parte, ‘Los transportes’”, se subdivide en “a) La situación de los transportes alemanes y americanos al estallar la guerra, b) Los efectos de la situación militar cambiante sobre los transportes alemanes y americanos, c) Los métodos alemanes de control de los transportes en toda América y d) Organización alemana de los transportes americanos” (115). Sibelius reescribe, e invierte, a modo de novela, *La Europa de Hitler*, de Arnold J. Toynbee –libro que se planteó como objetivo que “el crimen y la ignominia” del nazismo no cayeran en el olvido (114) –, por lo que su esfuerzo se concentra en inventariar un crimen que a sus ojos se presenta victorioso. Como otras de las figuras biografiadas, Sibelius parece una caricatura, pero más relevante que su parodia, así como la del resto de las y los escritores de derecha que Bolaño ficciona, es el modo en que *La literatura nazi en América* presenta una serie de figuras misóginas, anticomunistas, antisemitas, racistas, nacionalistas, patrioterías, homofóbicas, conservadoras, defensoras a ultranza de la familia nuclear, con tendencias fascistas de variable intensidad, pero fascistas al fin y al cabo, que idealizan los totalitarismos que se im-

pusieron en distintos países a lo largo del siglo XX, y que lograron, algunos nada, otros algo, algunos bastante influencia en sus respectivos medios, lo que indica que los valores fascistas que estas y estos escritores *defienden y promueven* no siempre incomodaron a sus interlocutores no fascistas, incluyendo a algunos de izquierda.

5. El interés de Bolaño por la derecha radical, sin embargo, no se limita a la derecha, como dejó en claro en una entrevista (1998) en la que, a propósito de *La literatura nazi en América*, señaló: “El mundo de la ultraderecha es un mundo desmesurado y es interesante de por sí. Lo que pasa es que yo cojo el mundo de la ultraderecha, pero muchas veces, en realidad, de lo que estoy hablando es de la izquierda. Cojo la imagen más fácil de ser caricaturizada para hablar de otra cosa. Cuando hablo de los escritores nazis de América, en realidad estoy hablando del mundo a veces heroico, y muchas más veces canalla, de la literatura en general” (9). Para Bolaño *La literatura nazi en América* es una novela, y no una recopilación de biografías, que es como se la ha tendido a leer: “pero no para ser leída como novela. Se puede abrir por donde tú quieras, pese a tener los tres estadios clásicos de la novela” (9). Quisiera aventurar que el personaje de *La literatura nazi en América* es esa subjetividad que Gilles Deleuze llamó microfascista, esto es, el fascismo que reside en cada una de nosotras y nosotros. Como acabamos de ver, en Bolaño las conductas fascistas aparecen a nivel cotidiano –cristalizando también en el medio literario–, y en continuidad con los acontecimientos que tuvieron lugar antes y durante la Segunda Guerra Mundial. La vida que luego emergió, en América y Europa, es una preocupación de la que su escritura da cuenta, explicitando que, para él, como antes para Dick, “todo arte es política” (183). Bolaño no solo encara el fascismo histórico condensado en los nombres de Hitler y Mussolini, también, para decirlo con Michel Foucault (1983): “el fascismo que se encuentra en todos nosotros, que habita en nuestra mente y en nuestro comportamiento cotidiano, el fascismo que nos hace amar el poder, desear lo mismo que nos domina y nos explota” (xiii). En una conversación que sostiene con Norton, Pelletier y Espinoza, Amalfinato intenta explicarles “la relación con el poder de los intelectuales mexicanos”, que muy bien podría extenderse a los intelectuales latinoamericanos, con la salvedad de que hay, agrega, excepciones notables (161), sobre todo en Argentina. El problema, dice Amalfinato, es que “los intelectuales *siempre* creen que se merecen algo más”, lo que los lleva a aceptar las prebendas que el Estado, y aquí agregaríamos que también el mercado, tenga para ofrecerles, independientemente de si el intelectual es (o dice ser) un crítico radical del Estado y/o del mercado.

No tenemos tiempo para adentrarnos en este punto, pero lo dejamos planteado, antes de pasar a una impactante escena del fascismo cotidiano.

6. Luego de participar en un congreso realizado en Bolonia, sin representar ningún aporte, los flamantes profesores Manuel Espinoza y Jean-Claude Pelletier viajan a Londres, a fin de preguntarle a su anhelada Liz Norton si quería o amaba a Alex Pritchard, con quien ella había comenzado a salir. “Norton les dijo que no. Y luego les dijo que tal vez sí, que era difícil dar una respuesta concluyente a este respecto. Y Pelletier y Espinoza le dijeron que ellos necesitaban saberlo, es decir que necesitaban una confirmación definitiva” (101). Luego de insistir cínicamente, “Norton les preguntó si estaban celosos. Y entonces ellos le dijeron que hasta ahí podíamos llegar, que celosos en modo alguno, que tal como llevaban ellos su amistad acusarlos de tener celos casi era un insulto” (101). Así más o menos comienza uno de los episodios más llamativos de “La parte de los críticos”, parte, como sabemos, dedicada al cuarteto internacional (un italiano, un francés, un español y una inglesa) especializado en la obra de Benno von Archimboldi. Luego de esta conversación, cenaron y bebieron más de la cuenta, y quizá eso podría ayudar a explicar lo que vendrá, pero en realidad no es suficiente. Terminada la cena tomaron un taxi, conducido por un paquistaní, que al tiempo que prestaba atención a la conversación del trio (una conversación en la que claramente se daba cuenta de que ella mantenía relaciones sexuales con cada uno), no lograba dar con el camino que debía llevarlos a la dirección indicada. Al ver que el taxista está dando una vuelta innecesaria, Norton le pregunta si está perdido, a lo que él responde que “el laberinto que era Londres había conseguido desorientarlo” (102), cuestión que dio lugar, por parte de la y los académicos, a pensar en Borges (Espinoza), que comparó a Londres con un Laberinto, pero Norton señaló que Dickens y Stevenson ya lo habían dicho bastante antes, aunque ella no señaló laberinto, sino tropo, “cosa que, por lo visto, el taxista no estaba dispuesto a tolerar” (102). El paquistaní señaló que podía no conocer a Borges, ni a Dickens, ni Stevenson, pero sí sabía muy bien lo que era la dignidad y la decencia y lo que era una mujer como ella: una puta. En cuanto a los señores, estos eran “chulos o macarras o macrós o cafiches”. El comentario o discurso del taxista los sorprendió al punto de dejarlos sin palabras por un buen trecho. Luego le piden que se detuviera, cosa que hizo en el acto, junto con indicarles cuánto se le adeudaba. El valor era lo correspondido, pero su sola verbalización colmó la paciencia de Espinoza. Este:

al tiempo que bajaba, abrió la puerta delantera del taxi y extrajo violentamente de este a su conductor, quien no esperaba una reacción así de un caballero tan bien vestido. Menos aún esperaba la lluvia de patadas ibéricas que empezó a caerle encima, patadas que primero solo le daba Espinoza, pero que luego, tras cansarse este, le propinó Pelletier, pese a los gritos de Norton que intentaba disuadirlos, las palabras de Norton que decía que con violencia no se arreglaba nada, que, por el contrario, este paquistaní después de la paliza iba a odiar aún más a los ingleses, algo que por lo visto traía sin cuidado a Pelletier, que no era inglés, menos aún a Espinoza, los cuales, sin embargo, al tiempo que pateaban el cuerpo del paquistaní, lo insultaban en inglés, sin importarles en lo más mínimo que el asiático estuviera caído, hecho un ovillo en el suelo, patada va y patada viene, métete el islam por el culo, allí es donde debe estar, esta patada es por Salman Rushdie (un autor que ambos, por otra parte, consideraban más bien malo, pero cuya mención les pareció pertinente), esta patada es de parte de las feministas de París (parad de una puta vez, les gritaba Norton), esta patada es de parte de las feministas de Nueva York (lo vais a matar, les gritaba Norton), esta patada es de parte del fantasma de Valerie Solanas, hijo de mala madre, y así, hasta dejarlo inconsciente y sangrando por todos los orificios de la cabeza, menos por los ojos (103).

La violencia con que actúan los críticos, suplementada explícitamente con comentarios racistas, al tiempo que invocan a distintas feministas, se realiza en contrapunto con su formación erudita y especializada, así como a la elegancia de su vestimenta. Bolaño releva el microfascismo que se despierta sobre un migrante asiático por parte de unos progresistas académicos europeos. Pero la escena no acaba allí, continúa con la plenitud que los tres alcanzan luego de la paliza: “Era como si, por fin, hubieran hecho el *ménage à trois* con el que tanto habían fantaseado. Pelletier se sentía como si se hubiera corrido. Lo mismo, con algunas diferencias y matices, Espinoza. Norton... parecía haber experimentado un orgasmo múltiple” (103). Una vez recuperados, Norton intenta ver si el taxista está vivo, pero al advertir que se les acerca un grupo de personas, rápidamente Pelletier y Espinoza la suben al taxi, pues en él escapan, teniendo la precaución de limpiar sus huellas cuando lo abandonen. Al día siguiente, y tras “un copioso desayuno en el hotel”, revisan las noticias para ver qué ha ocurrido con el taxista. Norton les dirá un poco más tarde que está muy mal, pero vivo, agregando que es necesario que dejen de verse por un tiempo. Pelletier y Espinoza regresarán entonces a sus respectivos países. El español no llegará bien de los nervios, mientras el francés no se sentirá afectado, retomando sus actividades como si nada hubiera ocurrido.

7. Veamos ahora una escena complementemente distinta, enmarcada en plena Segunda Guerra: “Fui un administrador justo” (959). La consideración del nazismo en su vertiente burocrática, exaltada por Harry Sibelius, la encontramos en “La parte de Archiboldi”, que dedica una extensión considerable a la guerra en la Europa Oriental. Leo Sammer, un funcionario de escalafón intermedio que opera como subdirector de un organismo encargado de suministrar desde el interior de Polonia trabajadores para el Reich, recuerda directamente a Adolf Eichmann y su comprensión del deber. En las palabras de Sammer, su meta no era otra que la de “mantener en funcionamiento la burocracia de aquella región polaca”; en ello no cejaría, independientemente de la tarea asignada. A la espera de ser interrogado, temiendo la posibilidad de un juicio por Crímenes de Guerra, Sammer, que se ha cambiado el nombre para no ser descubierto, le cuenta a Hans Reiter en qué consistió su trabajo, con tal de justificarse moralmente ante sí. Poco antes del fin de la guerra, se le informa que recibirá un tren con 500 judíos a bordo. Esperó, con “resignación”, el tren proveniente de Grecia, al principio sin saber muy bien qué hacer, pues se trataba de un error, que confirmó cuando se enteró que debería haber llegado a Auschwitz. La incertidumbre se acabó cuando se le indicó que él mismo tendría que encargarse de su exterminación. Así que comenzó a buscar el mejor modo de cumplir con su cometido, un cometido que se sumaba a los que ya tenía pendientes: unas papas perdidas (robadas), un asunto de remolacha, otro de zanahorias y uno más de un símil de café. A pesar de la nueva tarea, para la que no había sido formado, Sammer tendrá tiempo para aburrirse, así como para jugar una partida de dados; en otras palabras, lo asumirá como una tarea más, no fácil de resolver, pero una orden es una orden. Es cierto que inicialmente intentó ver la posibilidad de que el error fuese enmendado, realizando una serie de llamadas que terminaron por reconocer oficialmente el error, pero no obtendrá una solución distinta a la que ya intuía: “lo mejor y más conveniente es que usted mismo se deshaga de ellos”, le dirá un jovencísimo oficial cuya voz le recuerda la de su propio hijo, fallecido un tiempo atrás. La “orden de deshacerse de los judíos griegos era tajante. El problema es cómo” (950), les dirá luego a sus subordinados. Jamás pensó en la eventualidad de no cumplirla. Como Eichmann, citando la segunda crítica kantiana, asumirá “que el principio de mi voluntad debe ser tal que pueda devenir el principio de las leyes generales” (199). Para Arendt, que es quien registra esta referencia a Kant, lo que mueve aquí a Eichmann, y seguramente a todos los que no hicieron más que cumplir con su deber, no es el apego a uno de los imperativos categóricos de Kant, reconfigurado “para [el] uso casero del hombre

sin importancia”, esto es, el hombre transformado en la rueda de una máquina, sino su modificación, para ponerlo en relación no con la facultad humana de juzgar, sino con la voluntad del Führer, transformada en ley (criminal) (200). Lo que sigue es el horror, la puesta en marcha de una improvisada “matanza administrativa” –como le llamará Arendt (419) al genocidio dictado por la solución final–, que contará con varios voluntarios y para la que, dado lo agotador que resulta la tarea por la falta de hombres, se terminará convenciendo a un grupo de niños alcohólicos, a los que se les promete, a cambio de contribuir al exterminio de los judíos, alcohol para ellos y comida para sus familias. La tarea se comienza a realizar trasladando a grupos de 10 personas hacia un lugar escogido en las afueras de la ciudad. No por improvisada, la tarea dejaba de estar anclada a un modelo burocrático que Bolaño resalta tal como lo hacía Sibelius: “Un día pregunté cuántos judíos griegos nos quedaban. Al cabo de media hora uno de mis secretarios me entregó un papel con un cuadro en el que se detallaba todo, los quinientos judíos llegados en tren del sur, los que murieron durante el viaje, los que murieron durante su estancia en la antigua curtiduría, aquellos de los que nos encargamos nosotros, aquellos de los que se encargaron los niños borrachos, etcétera” (957). Podemos ver que es directa la alusión de Bolaño a Eichmann, que a lo largo de su juicio reivindicó una y otra vez que solo se dedicó a cumplir las órdenes de sus superiores. Y es precisamente este acatamiento lo que le permitió a Arendt comprender lo que llamó hacia el final de su famoso libro dedicado al juicio de Eichmann “la banalidad del mal”. Pero hay algo más que podemos encontrar también en Sammer: las frases hechas con las que intenta justificarse: “Otro en mi lugar –le dijo Sammer a Reiter– hubiera matado con sus propias manos a todos los judíos. Yo no lo hice. No está en mi carácter” (959). Sammer llegará incluso a señalar que la ruina de la infancia de los niños adiestrados para exterminar a los judíos que recibió se haya en el alcohol, en sus “holgazanas y descriteriadas” madres, incluso en el fútbol, pero no en él. Para Arendt, “si bien esto merece ser clasificado como ‘banalidad’, e incluso puede parecer cómico, y ni siquiera con la mejor voluntad cabe atribuir a Eichmann diabólica profundidad, también es cierto que tampoco podemos decir que sea algo normal o común” (418). Y agrega: “En realidad, una de las lecciones que nos dio el proceso de Jerusalén fue que tal alejamiento de la realidad y tal irreflexión pueden causar más daño que todos los malos instintos inherentes, quizá, a la naturaleza humana. Pero fue únicamente una lección, no una explicación del fenómeno, ni una teoría sobre el mismo” (418). Esta sentencia es clave para comprender también lo que Bolaño está aquí poniendo en discusión.

No eligió, como Thomas Pynchon en *El arcoíris de la gravedad* (1973), un capitán de la SS, Blicero/ Weissman, a cargo de una importante misión (la batería de cohetes V2), sino un funcionario de rango medio, menor incluso que Eichmann. Hacia el final de su reporte, Arendt resalta la necesidad de no pensar en Eichmann como un símbolo, ni en el proceso como un pretexto para plantear cuestiones que vayan más allá del juicio de un individuo determinado. Hacerlo implicaría asumir la propuesta del mismo Eichmann, a saber, no ser más que un chivo expiatorio. Para Arendt, solo el centrarse en el acusado mismo y sus acciones, es lo que podría permitir comprender las terribles implicancias que se suceden cuando nos alejamos de la realidad, sin, además, la necesaria reflexión, que es, resalta Arendt, lo que evita la obediencia ciega (199). “La dureza”, agregó Sammer, “va reñida con mi carácter”. Y efectivamente fue alguien que, mientras la orden no fue ejecutada, se preocupó de cierta manera por los 500 judíos que recibió. Una vez que se le dijo qué hacer, fielmente se abocó a cumplir con su deber. Bolaño, vemos una vez más, no muestra una maquinaria, sino a un sujeto en sus cotidianas circunstancias. Estas, por supuesto, responden a las que fortalecieron el fascismo histórico, pero incluso en aquel momento la reflexión seguía siendo una posibilidad, por lo menos para el que quisiera asumirla.

8. La falta de reflexión que encontramos en Sammer se vuelve ética y responsabilidad en un escritor menor, marginal, cuando no inexistente para el medio literario francés del que formaba parte o del que anhelaba formar parte. Henri Simon Leprince, cuya biografía Bolaño nos dona en *Llamadas telefónicas* (1997), entrará en acción por la misma época de Sammer. Su nombre da título al relato que sigue al más famoso “Sensini”. A Leprince se le presenta la oportunidad de trabajar con la Francia colaboracionista de Vichy. La invitación se extiende porque, quienes ya han aceptado incorporarse al nuevo gobierno, “ven en él, con justicia, a un semejante. El gesto, sin duda, además de amistoso es generoso. El nuevo director de su periódico lo llama, le explica la nueva política del rotativo en consonancia con la política de la Nueva Europa, le ofrece un cargo, más dinero, prestigio, prebendas mínimas pero que Leprince jamás ha conocido” (35). A solo a unas páginas del cierre de *Eichmann en Jerusalén*, a propósito de unas controversias acerca del juicio humano, Arendt recuerda una curiosa conclusión alcanzada por “algunos hombres de letras norteamericanos”, para los que “la tentación y la coacción son una y la misma cosa, y que a nadie debe pedírsele que resista la tentación” (429). Bajo este supuesto, actuar, movido por una pistola en la boca o por el ofrecimiento de una

importante suma de dinero, no debiese tener mayor diferencia. A quien reflexionase al respecto, esto es, a quien osase juzgar, los hombres de letras norteamericanos podrían reprocharle de excesiva severidad. “Nunca hasta entonces Leprince había tenido noción de su papel tan bajo en la pirámide de la literatura. Nunca hasta entonces se sintió tan importante. Tras una noche de reflexión y de exaltación, rechaza la oferta”, y asume las consecuencias, lo que implica no solo seguir siendo un escritor marginal, también la eventualidad de ser acusado de traidor. Su actuar, sin embargo, tampoco se queda en su decisiva declinación. Poco después se incorporará a la resistencia, con un temple y una diligencia que lo llevarán a asumir misiones cada vez más arriesgadas, principalmente asociadas al medio literario. Ayudará a muchos escritores, algunos de los cuales en el cercano pasado escribieron sobre (en realidad contra), y luego olvidaron, sus textos. Leprince no guarda rencor. Los escritores a los que ayuda, por el contrario, “intentan olvidarlo como un mal sueño intrascendente”. Para ellos no es más que un enigma: “No es fascista, ni se ha afiliado al Partido, ni pertenece a ninguna Sociedad de Escritores”. Los reputados escritores, “acaso, ven en él a un *parvenu*, a un oportunista al revés (puesto que lo normal [o lo que harían ellos] sería que Leprince los delatara, los injuriara, participara junto con la policía en sus interrogatorios y se entregara en cuerpo y alma a los colaboracionistas) que, en un acceso de locura, tan común a los escritores–periodistas, se ha puesto del lado correcto de forma inconsciente, casi como el bacilo de una enfermedad contagiosa”. Pero no. Leprince no está en el lado correcto por alguna mala jugada de su inconsciente, menos por un acceso de locura. Si su “su valor excede a menudo la temeridad” (37), es porque juzgó reflexivamente cómo debía actuar bajo el escenario que le tocó en suerte. Se trata, como diría Arendt, de uno de esos pocos individuos que decidieron, por su propia cuenta y a riesgo de su propia vida, distinguir el bien del mal, guiándose únicamente por su juicio, “libremente ejercido, sin la ayuda de normas que pudieran aplicarse a los distintos casos particulares con que se enfrentaban. Tenían que decidir en cada ocasión de acuerdo con las específicas circunstancias del momento, porque ante los hechos sin precedentes no había normas” (418). Leprince es la respuesta al fascismo cristalizado en la figura de Sammer. Es su resistencia, circunscrita, ante todo, a la decisión de *pensar*, lo que básicamente significa no ser negligente con el mundo que le rodea, no limitarse al deber.

9. En una pequeña nota que antecede el inicio de *Estrella distante*, Bolaño señala que el capítulo que cierra *La literatura nazi en América* terminó siendo muy esquemá-

tico. Este servía como *contrapunto* a los capítulos previos, así que, junto a Belano, decidieron transformarlo en una historia más larga. En la lectura de Federico Finchelstein *Estrella distante* explicita el modo en que “el fascismo constituye una inspiración para los crímenes cometidos en nombre de unos ideales más altos: fe inquebrantable, hombre superior, salvación del género humano” (en línea). Bolaño conoce muy bien la historia del nazismo, así como la amenaza que representan sus reemergencias, dentro y fuera de la democracia. La idea fascista del “Hombre Nuevo”, cuya misión sería la de regenerar una Europa agotada por unas decadentes democracias, aparece claramente en las figuras nazis que pueblan América Latina y en especial Chile. Wieder, le señaló Bibiano al narrador, “quería decir ‘otra vez’, ‘de nuevo’, ‘nuevamente’, ‘por segunda vez’, ‘de vuelta’, en algunos contextos ‘una y otra vez’, ‘la próxima vez’ en frases que apuntan al futuro” (50). Dos cuestiones relevantes respecto del fascismo aparecen no tanto en el personaje mismo, como en la referencia que entrega Bibiano. No se trata simplemente de que Carlos Ramírez Hoffman aparezca una vez más, pero ahora como Carlos Wieder. No es él, sino el fascismo lo que emerge “una y otra vez”, bajo distintas formas e intensidades. El rápido recorrido aquí realizado por la obra de Bolaño permite señalarlo, pero también la misma *Estrella distante*. Por ejemplo, en *La literatura nazi en América*, Martín García, que dirigía el taller de poesía que rivalizaba con el de Juan Cherniakovski, morirá en Europa, “pero esa historia no tiene nada que ver con esta historia”, señala el narrador. En *Estrella distante*, García se llamará Diego Soto, también se exiliará en Francia, aunque ahora se nos dice que terminará siendo profesor universitario. Con motivo de un coloquio, viajará a Alicante, donde, a su regreso, será asesinado por tres neonazis a los que enfrenta para defender a una mujer a la que, como si de un taxista paquistaní se tratara, “pateaban con aplicación”. El destino de Soto es la responsabilidad que asume por lo que está sucediendo a su alrededor: “Entre Tel Quel y el OULIPO la vida ha decidido y ha escogido la página de sucesos. En cualquier caso, deja caer en el umbral su bolso de viaje, los libros, y avanza hacia los jóvenes. Antes de trabarse en combate los insulta en español. El español adverso del sur de Chile. Los jóvenes acuchillan a Soto y después huyen” (80). El otro punto que resalta Bibiano, y que podría apuntalar al primero, es la cuestión del futuro. Al plantearse como una especie de regeneración del impero romano, el nazismo llegó a llamarse el Reich de los Mil Años (*Tausendjähriges Reich*), aventurándose así en la necesidad de conquistar el porvenir, al punto que la década del treinta fue profundamente moldeada por tal imaginario. El vínculo entre vanguardia y fascismo queda, así, claramente arti-

culado, por lo que tanto el anhelo de “revolucionar la poesía chilena” (24), como la urgencia por “concluir algo nuevo” (30) con que se mueve Carlos Wieder se presentan como elementos claramente vinculados a la necesidad de conquistar el tiempo que vendrá. Es más, como leemos en *Estrella distante*, “después de sus triunfos en la Antártida y en los cielos de tantas ciudades chilenas lo llamaron para que hiciera algo sonado en la capital, algo espectacular que demostrara al mundo que el nuevo régimen y el arte de vanguardia no estaban, ni mucho menos, reñidos” (86). Y lo que hizo o estaba haciendo, allá por 1974, si bien no era entendido por los fieles que asistían a sus apariciones, estos, con todo, lograron comprender o quisieron creer que lograban comprender que “estaban asistiendo a un acto único, a un evento importante para el arte del futuro” (92). Willy Schürholz, considerado el único discípulo del infame Ramírez Hoffman, fue formado por unos profesores que “aunaban a partes iguales el milenarismo nacionalsocialista y la fe en la ciencia” (91). Bajo una pedagogía como esta, la conquista del futuro a través de su arte –que radicalizó al de su maestro (al que siempre quiso superar)–, y para el cual contó con el apoyo de empresarios chilenos y norteamericanos, no podía tardar en convertirse “en la sensación del verano cultural chileno” (93), ese verano y esa “cultura” que creó la dictadura. No porque el arte en sí sea fascista, sino porque, insiste Bolaño, el fascismo puede aparecer allí donde no se lo imagina: en el arte o la vida cotidiana.

10. El fascismo y el neofascismo que aparecen en la obra de Bolaño han mutado, pero no por ello dejan de ser menos peligrosos. El que nos muestre que reaparece “una y otra vez”, con semejanzas y diferencias, en la mayoría de sus obras, da cuenta que no es una caricatura lo que nos ofreció en *La literatura nazi en América*, sino una preocupación genuina por el devenir del mundo: de ahí la necesidad de reescribir a Ramírez Hoffman. Por ello concuerdo con que “desde la marginalidad y también la pobreza”, como escribió Finchelstein, “Bolaño vio un mundo que de Hitler a Pinochet marcaba continuidades peligrosas. Alejado de todo y de todos, se dedicó a pensar por qué ese racismo de origen fascista, tan típico del trumpismo, puede llegar a ser parte de una cultura vendida a las leyes del mercado. Una cultura que abandona la ética y se destruye a sí misma” (en línea). Que haya dedicado un libro al fascismo latinoamericano da cuenta de que el futuro también era una preocupación que lo asediaba, como muestra muy bien el propio título de su gran novela póstuma, *2666*. Pero Bolaño no buscaba conquistarlo, sino, muy por el contrario, conjurarlo, a fin de que este fuera menos violento que el mundo

que le tocó vivir. Iniciar por el fascismo argentino era algo obvio si recordamos que Eichmann, bajo el alias de Ricardo Klement, vivió durante 10 años en Buenos Aires, a donde llegó ayudado por un clérigo austríaco (Alois Hudal) y por un franciscano (Edoardo Dömöter), consiguiendo así un pasaporte humanitario por parte de la Cruz Roja internacional. Allí se encontrará asiduamente con Willem Sassen –un periodista holandés que fue colaborador de los nazis y voluntario de la SS–, que en la década de los 70 fue consultor de relaciones públicas de Pinochet y de Stroessner. A pesar de señalar que sus vínculos con el nazismo se dieron para mantener un medio de sobrevivencia, lo cierto es que no solo mantuvo relaciones en Argentina con Eichmann, también con Josef Mengele, el médico nazi que experimentó con prisioneros de Auschwitz, y que, gracias a múltiples apoyos, logró vivir como emigrado con su propio nombre. Pero cuando comience a ser buscado por crímenes de lesa humanidad, se trasladará a Brasil, donde vivirá hasta su muerte por un infarto cerebral. Estos y muchos otros nazis pudieron permanecer en América Latina, gracias a la complicidad y la simpatía que lograron en estos lares, como muy bien muestra Bolaño, ficcionando incluso la colonia fundada en Chile por Paul Schäfer. Hoy, una vez más, el fascismo ha vuelto a reaparecer con fuerza. De manera que el nombre de Wieder nos recuerda que un gobierno totalitario, como el que en Chile se instaló a partir de un Golpe de Estado entre 1973 y 1989, puede instigar los crímenes más horribles, dejando impune a sus ejecutores y sin justicia, y sin sepultura, a sus víctimas. Hoy el fascismo no mira al futuro, sino al pasado, lo que hace de él un movimiento conservador más que revolucionario. Pero este conservadurismo también constituye una terrible amenaza; sus enemigos son todos aquellos que han sido o serán considerados como diferentes. Y que se atreven a pensar.

Obras citadas

- Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalén*. Trad. Carlos Ribalta. Santiago: Debolsillo, 2014.
- Bolaño, Roberto. *Estrella distante*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- . *Entre paréntesis*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- . *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- . *Monsieur Pain*. Barcelona: Anagrama, 2010 [1999].
- . “Llamadas telefónicas”. *Cuentos*. Barcelona: Anagrama, 2011 [1997].
- Deleuze, Gilles. *Dos regímenes de locos. Textos y Entrevistas (1975-1995)*. Trad. José Luis Pardo. Valencia: Pre-Textos, 2007.
- Dés, Mihály. “Entrevista a Bolaño”. *Lateral: Revista de Cultura* 40 (1998): 8-9.
- Dick, Philip. *El hombre en el castillo*. Trad. Manuel Figueroa. Buenos Aires: Minotauro, 2015.
- Domínguez Michael, Christopher. “El arcón de Roberto Bolaño. Prólogo”. *Roberto Bolaño. El espíritu de la ciencia ficción*. Santiago: Alfaguara, 2016.
- Finchelstein, Federico. “Roberto Bolaño y sus advertencias”. *Clarín*, 16/08/2018. En línea: https://www.clarin.com/opinion/roberto-bolano-advertencias_0BkhB1r7LX.html
- Foucault, Michel. “Preface”. Gilles Deleuze y Felix Guattari. Trad. Robert Hurley, Mark Seem y Helen R. Lane. *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*. Trad. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983. xi-xiv.
- Horkheimer, Max y Theodor W. Adorno. *Dialéctica de la ilustración*. Trad. Juan José Sánchez. Madrid: Trotta. 2009.
- Junta Militar de Gobierno. Política Cultural del Gobierno de Chile. Santiago: Asesoría Cultural de la Junta de Gobierno y Departamento Cultural de la Secretaría General de Gobierno, 1974.
- Traverso, Enzo. “Posfascismo. El fascismo como concepto transhistórico”. Mary Luz Estupiñán y Raúl Rodríguez Freire, eds. *Retóricas de la derecha radical*. Santiago: mimesis, 2023. 23-56